

**Homilía - Jornada Mundial de la Vida Consagrada
2 de febrero de 2019**

Hoy celebramos con toda la Iglesia la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. Celebramos nuestra forma de vida como mujeres y hombres religiosos, un tesoro maravilloso para toda la comunidad de fe. Nos reunimos en comunión con nuestro Santo Padre, el Papa Francisco, jesuita. Nuestras lecturas ayudan a dar forma a nuestra celebración, especialmente en este momento de agitación y polarización dentro de la Iglesia.

Algunos de nosotros escuchamos el llamado a la vida consagrada temprano en nuestras vidas, mientras que a otros quizás les llegó mucho más tarde. Nuestra primera reacción puede haber sido como la de Jeremías: ¡Soy demasiado joven! ¡Soy demasiado viejo! ¡No soy la persona adecuada, Señor! Jeremías conocía las historias de profetas que habían dado sus vidas proclamando la palabra de Dios a un pueblo que no estaba dispuesto a escuchar. Un profeta le pertenece a Dios y Dios estará con aquellos a quienes ha llamado. Cuando Jeremías repasó su ministerio profético, recordando las pruebas que había enfrentado casi hasta el límite, ¡supo que Dios lo había llamado desde el vientre de su madre! Pero a menudo se quedó solo, rechazado por todos, pero sostenido por el Dios que lo llamó a ser profeta. La proclamación audaz y fiel de la palabra de Dios a menudo llega a oídos sordos y también hostiles.

Jesús está en casa en la sinagoga de Nazaret. Acaba de proclamar su misión dada por Dios: llevar la buena nueva a los pobres, la libertad a los cautivos, devolverle la vista a los ciegos. Sin

embargo sus vecinos conocen a su familia, se acuerdan de él y se preguntan por qué cree que es tan especial. Quieren que se quede en casa y se demuestre que es quien dice ser obrando muchos milagros allí. Pero la vida de Jesús le pertenece a Dios Padre. Él va a donde el Espíritu Santo lo llama y lo envía, incluso más allá de los límites de su pueblo natal.

San Pablo nos recuerda que Dios nos da todos los dones que necesitamos para nuestra misión. Algunos codician dones que atraen mucha atención. Pero Pablo dice que el don más grande es también el más simple: el amor; el caminito de Santa Teresita de Lisieux, Patrona de las Misiones; la simplicidad de San Francisco de Asís, cuyo ministerio inspira a nuestro Santo Padre; el carisma de sus fundadoras o fundadores.

Queridos hermanos y hermanas, hoy estamos llamados nuevamente a proclamar con audacia y fidelidad el evangelio del gran amor de Dios por todos, especialmente mediante nuestras acciones. Nuestro servicio a los pobres y vulnerables es la obra de Dios. Además, el Señor Jesús resucitado nos acompaña junto con Nuestra Señora, su amada Madre. ¡Ándale!